



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13413

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

SAB DO 4 DE AGOSTO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

QUESTIONES ECONÓMICAS

La guerra de tarifas

Ha comenzado verdaderamente con Suiza. Desde 1.º de Julio, el Consejo federal aplicaba á nuestros productos la tarifa máxima, recargada en un 50 por 100.

Después, que esperábamos llegar á un acuerdo en vista del fracaso de las negociaciones emprendidas, hemos contestado á la guerra con la guerra, aplicando á los productos suizos desde 1.º de Agosto nuestra tarifa primera, recargada en un 50 por 100 también.

Esto es lo justo y nadie lo ha de combatir. Nuestras censuras del artículo anterior quedan en pie, sin embargo, porque iban contra los que se felicitaban con un entusiasmo pueril de los éxitos obtenidos en Alemania y los Estados Unidos, mientras fracasaban los Tratados de la importancia de éste, que afecta á nuestra producción agrícola.

Para que se comprenda ahora el alcance de esta guerra de tarifas, bastará consultar las estadísticas oficiales relativas al comercio exterior. No valdremos, sobre todo para apreciar la exportación española, de las de Suiza, que se publica con el título de *Statistik der Warenverkehrs der Schweiz mit dem Auslande*, porque las españolas son muy deficientes y este es un punto que le hemos brindado muchas veces al señor Siles, nuestro gran técnico estadístico, en sus conferencias estadísticas comerciales y arancelarias.

Según esta estadística suiza, el promedio de la exportación española se eleva en unos 13 millones; la importación alcanza á 15; hay un déficit para España de unos dos millones.

El concepto fundamental de la exportación española está constituido por substancias alimenticias—de los 13 millones, 11—y de éstas la partida principal es el vino—de 11 millones, ocupando España el primer lugar entre las naciones concurrentes en este

punto, Italia, Francia y Austria, que, sin embargo, al paso que van, sobre todo la primera, no dejarán de ser rivales poderosas. Las comarcas interesadas en esta exportación nuestra de vinos á Suiza, son el Panadés y el Alto Aragón.

España sostiene con la potencia exportadora de sus vinos la fuerza dinámica de su relación de intercambio con Suiza, que nos responde con la fuerza centrifuga de su producción industrial.

España envía substancias alimenticias, predominantemente agrícolas—vino, naranjas, limones, pasas, higos, dátiles, avellanas, etc.,—y recibe objetos fabricados, como relojes de oro y plata, manufacturas de algodón, maquinaria y piezas sueltas, etcétera, etc.

Se trata, pues, de una relación mercantil fundamental, en cuanto que estamos en posición de intercambio las características de dos economías; y por ello, todo lo que en cada uno de estos países se oponga ó dificulte á esta característica misma, ha de ser un motivo serio de oposición y antagonismo.

A Suiza le molesta nuestra mayor ó menor tendencia industrial; á España le perjudican las pretensiones agrarias de Suiza. Por eso luego surge la lucha entre el arancel suizo de 1902 expresión de un proteccionismo perspicaz, que arranca de una coalición industrial para asegurarse el mercado interior, y encuentra apoyo en un movimiento agrario, y el arancel español de 1906, símbolo de otro proteccionismo industrial, que pone cortapisas á la fuerza dinámica de la producción suiza. Esto es todo. La consecuencia, como hemos dicho, funesta para el desenvolvimiento agrícola de España.

Así se entiende aquí el proteccionismo. Se establece una fábrica de cualquier cosa, de botones, y por ampararla, refirmos con una nación amiga, que, para hacernos entrar en razón, no deja de comprar nuestros vinos ó nuestras frutas.

El resultado es hermoso. Tenemos una bonita fabricación de botones, mientras nuestros viticultores contem-

plan asustados cómo se hunde su comercio. Va usted por regiones industriales, y se extasiará ante el horizonte ennegrecido por el humo denso de la fabricación de España; y luego recorrerá usted zonas agrícolas, y oirá á los viejos exportadores hablar de los ríos de oro que producía nuestro suelo, de aquellas libras esterlinas que con nuestras peluconas, si hubiera habido aquí política económica primero, y luego administración seria, nos hubiera convertido en uno de los países de más general bienestar.

¿Se van ustedes enterando adónde caminamos? Ya descubriremos nuevas facetas de este prisma ultraproteccionista, á través del que, no tardando, se van á ver muchas ruinas, muchos engaños y muchas crisis.

Consejo de guerra

Capitán absuelto

En un periódico madrileño encontramos el suelto que copiamos á continuación:

«En Consejo de guerra de oficiales, reunido en el Departamento de Cádiz, fué condenado el capitán de Infantería de Marina don Tomás Barrandiarán á doce años y un día de prisión militar mayor, por supuesta malversación de fondos.

Vista la causa ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina, dicho capitán fué absuelto con todos los pronunciamientos favorables.

Su defensor ha sido el jefe de la Armada don Miguel Ambulody y Patero, que rebatió brillantemente los cargos que se hacían á su defendido, cuya inocencia reconoció el más alto Tribunal de justicia militar.

El defensor, señor Ambulody, ha sido muy felicitado por este éxito.»

TIMO ARTÍSTICO

¿Compositor plagario?

Un colega de la corte lanza la noticia á la publicidad, para que sea la comidilla de autores y compositores, de cómicos y danzantes.

Uno de los compositores más aplaudidos por el público madrileño «está empapelado, y no en papel con pautas, sino en papel de oficio.»

El distinguido crítico que ha dado publicidad á la noticia, dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«El crimen ó el delito, para que la cosa no resulte tan fuerte, de que se acusa al músico empapelado, es, en efecto, un delito vulgar y muy común: el delito de «coincidencia», que el Código califica de una manera infinitamente más brutal, y en el repertorio lírico de nuestros teatros menudos la coincidencia es el pan cotidiano; sin ella no vivirían arriba de media docena de maestros compositores.

El caso, si no mienten los rumores, es que un compositor extranjero, alemán, según dicen, francés, según creo, porque ni no estaríamos abocados á una terciaría de dominio, reclama la paternidad de una obra muy popular en España, y á cambio de ella 18.000 duros, cifra que, tratándose de la obra de que se trata, no es exagerada, ni mucho menos.

Desde que se estrenó, hace dos ó tres años, ha producido, seguramente, más de ese dinero.»

No remata la suerte el distinguido «escapalista», puesto que no da el nombre del autor plagario, y aunque confía en que sus lectores descifrarán el enigma y se figurarán quién es el que «ha coincidido» con un autor extranjero al escribir la partitura de una obra, en realidad de verdad, es más difícil averiguar con certeza de quién se trata, que hincar un perro.

¡Son tantos los que firman partituras de obras del género chico que coinciden con otros autores de allende el Pirineo!

«Cualquiera se atreve á soltar un nombre solo, siendo tantos los que se nos vienen á la memoria!»

El Arte de toros

(ARTÍCULO CUASI ACADÉMICO)

Los taurófilos de todos los tiempos hanse dado á pensar, y lo que es peor, á escribir acerca del origen de las corridas de toros, suscitándose

controversias y discusiones más ó menos acaloradas, siempre que algún erudito ha pretendido *eruditear* sobre esta delicada cuestión.

¡Vano empeño! El origen de las corridas se pierde allá remotamente, tan remotamente, que hay quien sostiene que Adán fué el primer torero—por supuesto en el Paraíso—y que brindó á Eva, la primera presidenta, la faena primitiva; génesis de lo que después de algunos siglos, sería el arte de Montes; porque desde Adán á Montes hay un lapso de tiempo señalado con una inmensa laguna en la historia del torero.

Mas, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la fiesta taurina está, por lo antigua, á la altura poco más ó menos, de cualquiera de los chaquets de D. Valeriano, que, por lo antiguos y sucios parecen procedentes de un arreglo de la famosa casaca de Judas, aquella que tenía tantos botones como ojales.

Historiador hay que asigna al torero una antigüedad contemporánea de la época terciaria de la tierra. Error crasísimo, porque en la época terciaria no parece demostrado que existiese el hombre sobre la tierra (ni siquiera debajo), y sin hombres, mal podría haber corridas de toros... ¡Como no los lidiara el Padre Eterno!...

Arrancando pues desde Adán,—por supuesto, antes de lo de la manzana—veamos ahora qué clases de alferías comenzaron á practicarse en la lidia y sus modificaciones según usos y costumbres de los pueblos y de las épocas.

En primer término hay que desecher toda idea de capote: en aquel tiempo primitivo no había aún toreros ni sus productos periclitados; sólo existía la hoja de parra fresca y simbólica, y de ella tuvo forzosamente que echar mano nuestro Adán, no ya para dar el quiebro de rodillas, sino para inaugurar el recorte *capote al brazo*, y valga la expresión.

Entre paréntesis diré que Eva jamás pudo pronunciar la consabida frase *colé tu madre* porque, habiendo de una vez, Adán no tuvo madre nunca. Casi hubiera sido más ofensa nombrársela en ciertos momentos y para ciertas interjecciones.

Las banderillas fueron de pedernal,

de ellas chocotanas (1), arrotancas, samarros, feños y mil baratijas.

Por fortuna ya había terminado Emigdio todas sus compras cuando vino á caer en cuenta de que la hija de la señora de la casa, muchacha desahogada, desocupadilla y ruidora, se moría por él.

Carlos que no veía moscas, logró convencerlo de que Micaelina había desahogado hasta entonces los galanteos de todos los comensales; pero el diablo, que va durmiendo, hizo que Emigdio se propusiese en chicolcos una noche en el comedor á su esbelta y á su amada, cuando creían dormido al infeliz, pues eran las diez, hora en que solía hallarse él en su tercer sueño; costumbre que sinceraba madrugando siempre, aunque fuese tiritando de frío.

Vista por Emigdio lo que vió y oído lo que oyó, que le jaló para en reposo y el nuestro nada, hubiese visto ni oído, pensó acobardado en acelerar la marcha.

Como no tenía queja de mí, hice una confidencia á mi amigo como vespaga de viaje, diciéndome entre otros muchos cosas de los chocotanas:

(1) Se llaman chocotanas porque con monteras que sólo se trabajan en el pueblo Chocotán.

—En Bogotá no hay señoras: éstas con todas unas coqueas de siete suelas. Cuando ésta lo ha hecho, ¿qué se espera? Estoy hasta por no despedirme de ella. ¡Qué caray! no hay sino peligros. Ya ves á Carlos: anda hecho un altar de Corpa, se acuesta á las once de la noche y está más fallero (1) que nunca. Déjalo estar, que yo se lo haré ver á don Chomo para que le ponga la ceñiza. Me admira verte á tí pensando tan sólo en tus estudios.

Partió, pues, Emigdio, y con él la diversión de Carlos y Micaelina.

Tal era, en suma, el houradote y campechano amigo á quien iba yo á visitar.

Españadoo vería venir del interior de la casa, de frente á retaguardia oyendo que me gritaba al saltar una cerca del patio:

—¡Por fin «eo» maul! ya eres que me dejabas esperando. Siéntate que voy allá. Y se puso á lavarse las manos, que tenía ensuciosadas, en la acagua del patio.

—¿Qué hacías?—le pregunté después de nuestros saludos.

deba armonizar muy bien con lo que dejaba ver. Me despedí á las once de la señora Andra; porque habíamos resuelto ir á ver á don Ignacio en los potreros donde estaba haciendo rodeo, y aprovechar el viaje para darles un baño en el Amalno.

Emigdio se despojó de su chaqueta para reemplazarla con una ruana de hilo; de los botines de «chicos» para calzarse alpargatas usadas; se abochó unos calcetines blancos de piel mezclada de cabrón, se puso un gran sombrero de Suaza con fanda de perca bilibú, y se sentó en el aljame, teniendo antes la precaución de vendarse los ojos con un pañuelo. Con el potrón se hizo una bola y escapó la cola entre las piernas, el infeliz gritó: «ya viene con tus «fulellías», descargándose en seguida dos señores latigazos con el maul, y el infeliz que empuñaba. Con lo que después de dos ó tres corcovos que no lograron ni mover siquiera al caballo en su silla chocotana, montó y nos pusimos en marcha.

Mientras llegábamos al sitio del rodeo, distante de casa más de media legua, mi compañero luego que se aprovechó del primer llanto apartado para torbear y «ragar» el caballo, entró en conversación tirada conmigo. Desembuchó cuanto sabía respecto á las pretensiones matrimoniales de Carlos, con quien había reanudado amistad desde que volvieron á verse en el Cauca.

(1) Provincialismo por «presumido».

